

ARDAO, ARTURO. *La inteligencia latinoamericana.* Montevideo, Universidad de la República, 1987. 150 pp.

El título de esta obra de Don Arturo Ardao recoge siete trabajos autónomos datados entre poco más de un lustro, unidos por una temática convergente; la consideración del sujeto latinoamericano en las "condiciones teóricas e históricas de su constitución y afirmación". La vasta producción del maestro uruguayo torna innecesaria la referencia a las condiciones de filósofo e historiador de las ideas en el despliegue de una tarea pionera, con pocos precedentes, de allí que la lectura de este volumen breve pero denso y erudito nos depara una doble satisfacción, la de la temática en sí misma y la de la reflexión acerca de la Historia de la historiografía latinoamericana.

La inteligencia latinoamericana aborda sucesivamente: "Primera idea del americanismo literario" (1980); "Del hispanoamericanismo literario al latinoamericanismo literario" (1980); "El latinoamericanismo filosófico, de ayer a hoy" (1981); "El concepto de fundadores de la filosofía latinoamericana" (1981); "Historia de las ideas en América Latina" (1977); "Historia de las ideas filosóficas en América Latina" (1977) y "Función actual de la filosofía en Latinoamérica" (1975).

Una lectura atenta del titulado bien advierte un orden que no es casual. Marcha pues disponiendo la temática en torno a la especificidad de la tarea filosófica en América a partir del soporte antropológico que le confiere sentido y significación. Disímiles en la extensión, los artículos no lo son en el desarrollo conceptual y en la ilustración que ostentan.

El volumen se abre y tiene por hilo conductor la progresiva toma de conciencia de la americanidad unida a la independencia política del continente, sin negar el despliegue de lo americano que se extiende durante la época de la colonia hasta los comienzos del siglo XIX, aunque de un modo implícito antes que explícito bajo la forma de un americanismo literario. Negado atenuadamente por José Enrique Rodó, correspondió a Pedro Henríquez Ureña la tarea de pormenorizar el comienzo

de ese americanismo, aún colonial. Porque en verdad, fue Don Andrés Bello, en plena independencia, el primer iniciador del americanismo literario como deliberada manifestación del espíritu propio. No obstante, Rodó y Henríquez Ureña concordaron en situar en el interregno que se extiende entre la independencia y el romanticismo el surgimiento propiamente dicho del americanismo literario, confundido con el movimiento político en calidad de etapa previa a la tarea de Esteban Echeverría en quien se planteará como americanismo cultural y del cual se nutrió el mismo Alberdi. Por otra parte, es dable señalar que desde sus orígenes el americanismo tuvo el constante anhelo de unidad continental dada la incomunicación de nuestras expresiones literarias nacionales. Por cierto que en lo que al americanismo filosófico se refiere, éste formó parte desde sus orígenes del americanismo literario.

En el segundo y más extenso de los trabajos que integran el volumen, el autor de *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (Caracas, 1980), tratará el tema del surgimiento de la conciencia nacional bajo la forma primera del continentalismo, ya no en términos de americanidad sino de *americanismo* en el sentido del doctrinario y expreso propósito de atender a América. Dos precisiones terminológicas sirven para aclarar los proyectos de integración cultural, económica y política sobre la base de la primera integración, es decir, la cultural, en su condición de originaria. La americanidad literaria tiene pues una significación más amplia y por ello más laxa en cuanto presencia, registro o reflejo de lo americano en la producción de nuestros países. Un hecho constatable en toda la literatura subcontinental, ofrecido aún en épocas de la dominación española. Mas es preciso reservar el término americanismo para las etapas de busca consciente y deliberada de dicha americanidad. lo americano en este caso, dice Ardao, debe entenderse en calidad de "movimiento o tendencia con prospectiva convicción teórica, más o menos fundamentada".

Desde esta óptica la integración de Latinoamérica ha recorrido tres grandes etapas escalonadas, cada una con cuño personal, que no han cancelado las anteriores: la de los países hispanoamericanos entre sí; la del conjunto de estos países con el Brasil y la del conjunto iberoamericano con

la inclusión de Haití. La distinción de tres grandes comunidades culturales ha acompañado la voluntad integracionista: Hispanoamérica, Iberoamérica y Latinoamérica.

Asimismo, cabe señalar en el americanismo literario el aspecto de la emancipación en cuanto emancipación espiritual y mental, que Ardao puntualiza como emancipación de la inteligencia, complementaria de la emancipación política frente a la pasiva recepción de lo europeo.

El americanismo literario -literario en el sentido de abarcador de todos los aspectos de la cultura intelectual-, fue desde sus inicios continentalista, aún en épocas en las que "las literaturas de nuestros países no se habían decantado como realidad plural de 'literaturas nacionales' con acento diferenciado, aunque rápidamente 'sacado de su juicio' "por esas literaturas nacionales.

El americanismo, distinto de la mera americanidad literaria, surgió en la década del veinte, es decir, en plena época independentista con los versos de Andrés Bello en su *Alocución a la poesía*: "Tiempo es que dejes ya la culta Europa, /Que tu nativa rusticidad desama,/ Y dirijas el vuelo a donde te abre /El mundo de Colón su grande escena". Bien recuerda Ardao la observación de Henríquez Ureña: "la forma es clásica; la intención es revolucionaria".

Con esta misma dirección se publicará en Lima *La Biblioteca Columbiana* (1821) por quehacer de Juan García del Río y apenas unos años después en tarea conjunta del mencionado y Andrés Bello *La Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826-27). Ambos en Londres.

Quedaría reservada a la década del treinta, con la presencia del romanticismo introducido por Echeverría, el concepto de 'literatura nacional', no obstante el empleo multívoco de la expresión: en primer lugar para mentar la literatura de cada uno de los países hispanoamericanos. En segundo lugar, para aludir a los elementos comunes de esas literaturas nacionales y, en tercer lugar, en el sentido de una literatura continental, aunque el espíritu de la continentalidad estaría presente en estos dos últimos usos, en un caso de modo indirecto y en el otro, de modo directo.

Correspondió al año 1846, dentro del mismo espíritu

romántico, la recuperación continentalista de la poesía, encarada por Juan María Gutiérrez en su *América poética*. Debe tenerse en cuenta que el vehículo que con más frecuencia se utilizó para difundir las ideas de 1789 fue la literatura, particularmente la poesía. Como en España y en Portugal, en Latinoamérica fue también un órgano para la difusión de ideas revolucionarias que llegó también a ser usada por los románticos. La obra de Gutiérrez fue la realización de la primera antología literaria hispanoamericana. Iniciábamos así una nueva etapa en el pensamiento americanista que se sumaba al período continentalista de 1821-1827 y al período nacionalista de 1828-1845, ya aludidos.

La etapa iniciada por Gutiérrez se poblaría luego de loables esfuerzos bajo la pluma del colombiano José María Torres Caicedo, de José Enrique Rodó y de Pedro Henríquez Ureña, abiertos al campo de la literatura continental, hasta ya en el siglo XX-, la preocupación por las literaturas indias mismas en sus voces originarias. Simultáneamente, en los comienzos de la segunda mitad del siglo XIX se ponía en marcha "el primer plan historiográfico y crítico de la literatura hispanoamericana" de los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui (p. 51).

En palabras que significan una especificación o determinación mayor dentro del marco del americanismo literario, entendido en sentido amplio como producción de la inteligencia, trata nuestro autor el tema del latinoamericanismo filosófico, surgido poco antes de finalizar la primera mitad del siglo XIX. Históricamente, una larga controversia se ha planteado en torno a su existencia misma, por un lado, y, por otro -en caso de admitirse su existencia-, sobre cuál es o debería ser su *status* epistémico.

Dos cuestiones generales señala nuestro autor, sin adentrarse en discusiones ya superadas: en primer lugar el sitio que la filosofía latinoamericana ha logrado "en el marco del espíritu objetivo". En segundo lugar, ya respecto del significado, dos orientaciones se han venido contraponiendo: la que tiende a caracterizarla por *su objeto*, en cuanto filosofía de lo latinoamericano, y aquella que la caracteriza especialmente por *su sujeto* en cuanto filosofía del hombre latinoame-

ricano aplicado a cualquier objeto.

Si nos remitimos a los precursores del latinoamericanismo filosófico -Andrés Bello y Juan Bautista Alberdi-, observa nuestro autor: "Como actitud emancipada y crítica de la inteligencia nativa... el americanismo está implícito en toda la filosofía general de Bello; pero se hace explícito en aquellos particulares dominios a los que Alberdi circunscribía la materia de la filosofía americana" (p. 81). Por cierto que ambos coincidían, entonces, en concebir como obligada materia de reflexión filosófica al hombre americano, su historia y su civilización o cultura, sin embargo, para Bello la americanidad estaba antes -dice Ardao- *en la personalidad de su sujeto que en la naturaleza de su objeto*. Naturalmente que a ambos los unía el deseo de la independencia del pensamiento, una lección que debíamos aprender de la misma Europa.

Al resguardo de estas disquisiciones, Arturo Ardao diseña su propia posición: "La condición de *latinoamericana* de la *filosofía latinoamericana*, no resulta de una temática específica a la que necesariamente se circunscriba o deba circunscribirse. Resulta de la condición latinoamericana de los sujetos que la cultivan, en tanto integrantes de una comunidad histórica con su característica tradición de cultura y su consiguiente tonalidad espiritual" (p. 88).

A partir de estas consideraciones se ordena en el volumen el concepto de 'fundadores' de la filosofía latinoamericana, que en la expresión de Francisco Romero es el correlato de lo que llamó el estadio de 'normalidad filosófica'.

¿A qué momento de la historia del pensamiento aludía la última expresión romeriana que con posterioridad -particularmente a partir del Segundo Congreso Nacional de Filosofía en la Argentina (1971)-, ha sido tan discutida? Recorriendo un pasado remoto, datable ya desde el siglo XVI con Fray Alonso de la Veracruz, y un pasado próximo, Romero daba el nombre de fundadores a aquellos 'patriarcas' que alrededor de 1900, desde México al Plata habían legado a su generación la 'normalidad filosófica', es decir la altura y madurez intelectual "que desde su situación histórica podía llamarse 'presente' o 'actual' ". Rescata Ardao las palabras de Romero: "... el nombre de *fundadores* resulta ser merecido por tratarse de

los *iniciadores*, no de la filosofía latinoamericana en cuanto tal, sino *del entonces presente filosófico*" (p. 91), entre los que incluía a aquellos que habían pertenecido al positivismo. Hasta fines de la colonia esa filosofía se expresó en latín y habrá que esperar hasta la primera mitad del siglo XIX para que el sector de lengua española de la filosofía latinoamericana se constituyera con la obra de Andrés Bello, *Filosofía del entendimiento* (p. 95).

A pesar del exiguo espacio que suele concedérsele a una reseña, por extensa que se haga no podemos pasar por alto aquellos trabajos de la autoría de Ardao referidos a la Historia de las Ideas, particularmente filosóficas. Aunque están fechados en años previos a los hasta aquí comentados, las palabras precedentes se tornan bases conceptuales para aludirlos rápidamente.

En primer lugar, la expresión Historia de las Ideas en América Latina debe entenderse en el sentido de la historia de las ideas como conciencia cultural y científica que manifiesta la natural historicidad de todo pensamiento. Una precisión que se debe a Don José Gaos, cuando en 1952 afirmaba: "La Historia de las Ideas en México debe *historizarse*, esto es, hacerse objeto de una Historia de la Historia de las Ideas en México bien cabal" (*En torno a la filosofía mexicana*, México, 1952, I, p. 83. La cita de Ardao es de p. 97).

En el carácter cabal que Gaos pedía, dice Ardao, se hallaba pendiente los estudios nacionales que debían ser la base de visión continental de conjunto. Un débito que estuvo precedido por algunos "cuadros globales o panoramas supranacionales, que estuvo precedido por algunos "cuadros globales o panoramas supranacionales, que guiarían a aquellos" a modo de introducción y orientación a las indagaciones monográficas. Empresa de totalidad que el mismo Ardao desarrolla en los trabajos aquí incluidos.

No indaga nuestro autor en el sentido que esas palabras de Gaos cobran a la luz de algunos conceptos que escribió en *De la filosofía* (México, FCE, 1962), aunque por cierto resultaría oportuno recordarlos brevemente. Es a propósito de la noción orteguiana de circunstancia pero redefinida, según la cual todo texto excede sus propios límites hacia

el contexto de la circunstancia social e histórica de la cual emerge y hacia la cual remite indefectiblemente. Forman esas circunstancias una relación texto/contexto que amplían el universo discursivo en el que lo 'extra' textual desaparece como tal, pero al mismo tiempo muestra la facticidad de un sujeto emisor -que, obviamente, es histórico-, y con ello, todo el horizonte de posibilidades discursivas aún no resueltas.

Señala Ardao que sin limitarse esa Historia de las Ideas a las ideas filosóficas, éstas resultaron decisivas para impulsar la de todas las demás, "remitiéndolas a una común área propia en el seno del saber histórico" (p. 88).

Hacia el fin de la primera mitad de nuestro siglo, desarrollos doctrinarios y la particular situación creada por la Segunda Guerra Mundial permitieron en la década del 40 el surgimiento de tres instancias representativas para la consolidación de la Historia de las Ideas: 1) La creación de dos centros académicos independientes, de intereses concurrentes. En México con José Gaos y en Buenos Aires con Francisco Romero. 2) En 1945-46 el viaje que Leopoldo Zea emprende por todos los países latinoamericanos. 3) La realización en 1950 del Tercer Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en México.

La orientación del Colegio Libre de Estudios Superiores liderado por Romero y del Seminario de Tesis del Colegio de México, guiado por Gaos, tuvo la finalidad de "fomentar la filosofía misma de estos países y acercar los estudios a los instrumentos bibliográficos disponibles en nuestro medio".

La simultaneidad de estos episodios fue, para Ardao, la lógica decantación tanto en el Sur como en el Norte, de tendencias dispersas cuyo pasado puede remontarse incluso al 1700. Pero fue en los años treinta que la conciencia histórica comienza a "exteriorizar los signos de generalización y organización, que se sistematizaría a partir del 40" (p. 103). Corresponde a Zea cerrar un período y abrir otro: el pasaje de la historia nacional de las ideas -sobre las que había trabajado- recordemos *El positivismo en México* y *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, temas abordados por el propio Ardao respecto del Uruguay, a su historia continental con un enfoque dialéctico a partir del rastreo de fuentes.

Gráficamente dice Ardao que el foco del Norte y el del Sur pasaron a ser uno solo: el animado por Zea, cuyo fruto mayor pudo observarse en la organización del mencionado Congreso Interamericano de Filosofía.

A partir de estas fechas mucha ha sido la tarea realizada en cuyo valor va de suyo incluida la labor del mismo Ardao quien ha planteado desde la altura de su propia conciencia histórica, la función que a la filosofía latinoamericana le corresponde, en alusión directa al papel que el filósofo debe cumplir en estas latitudes como ejercicio en el espíritu subjetivo.

El mérito de esta publicación reside en acercar al lector en un volumen aspectos claves de la teoría filosófica latinoamericanista, enfocados de un modo claro, llano y amable, recomendable como aporte serio para aquellos que no descreen de su propia naturaleza. Con buen criterio de selección que ya mostrara su autor en *Estudios latinoamericanos de historia de la ideas* (Caracas, Monte Avila Editores, 1978, 221 pp.), la amena lectura que nos proporciona se mueve en diversos planos de profundidad que abarcan la Filosofía de la Historia, la Antropología Filosófica y, por cierto, la Historia de las Ideas. El libro es una muestra de información, de ejercicio valorativo y de visión filosófica, que es preciso remarcar aunque se trate del maestro Arturo Ardao.

Clara Alicia Jalif de Bertranou